

ARICO Y LOS PROBLEMAS DEL MARXISMO EN LATINOAMERICA

Blas Manuel Alberti

A propósito de la muerte de José Aricó, el diario "Clarín" dió cuenta del evento a través del homenaje que en su nombre organizaron un grupo de intelectuales vinculados al propio Aricó y a los temas del que fuera director de la Editorial "Pasado y Presente", de gran divulgación en los sesenta. En dicha reunión la propuesta giró en torno al análisis de los efectos del pensamiento marxista y, en especial de Marx, en estas tierras.¹

No se trata de que Aricó haya sido el único, (nadie puede poner en tela de juicio su impropia tarea buceador en las fuentes del pensamiento contestatario más importante en los siglos XIX y XX) ni tampoco que él se haya ocupado de divulgar todo lo divulgable de la producción marxista en este dilatado periodo, sino de la circunstancia de que el gran pensamiento de Marx y sus discípulos pueda ser confrontado con la realidad latinoamericana a través de medios masivos de comunicación, los que en su generalidad dan por sentado que el marxismo no es otra cosa que una doctrina satánica y a la vez falsa, como la historia reciente tendería a demostrar.

Aricó perteneció a una generación, entre los que contamos muchos intelectuales argentinos, que experimentó las rupturas políticas de una práctica derivada del recetario "internacionalista" del marxismo canonizado, tanto por la segunda como por la tercera y la cuarta internacionales.

Se trataba de abandonar el textualismo estéril que a nada había conducido en el caso de las grandes formaciones históricas de la izquierda, el PS y el PC, y que en la Argentina, al igual que en el resto de Latinoamérica, muy poco habían servido como para producir algún efecto significativo en el sentido de las grandes líneas de la teoría.

Pero de lo que se trataba era de analizar críticamente y a la luz de dichos resultados, la práctica política que, actuando en el nombre de Marx, había llevado a una incontestable "heterodoxia". De esta manera la teoría misma, incluyendo en ella los aportes de lo que dio en llamarse el "leninismo" y el "maoísmo", para no hablar sino de lo más destacado del siglo XX, no estaba en discusión.

En todo caso aquello que se incorporó como "actualización" por las contribuciones de los pensadores de la "escuela de Frankfurt", J.P. Sartre, Poulantzas, Lucien Goldman etc., serviría a los fines expresados.

La pertinencia del esfuerzo que tuvo en Aricó a uno entre tantos otros protagonistas, tenía su origen en varias circunstancias histórico-políticas que se habían condensado como para producir efectos de estallido en el corazón mismo de premisas que en las décadas anteriores no habían sido cuestionadas con la resonancia del momento.

EL REVISIONISMO EN CASCADA

El desenrocenante explícito fue sin duda la Unión Soviética. Allí, a partir de la muerte de Stalin, el régimen

burocrático comenzaba a desnudar, con fines poco explícitos, los horrores de una época signada por el autócrata que hasta hacía poco tiempo habían glorificado poetas y políticos, marxistas o "progresistas", de todo el mundo. Se resquebrajaba lentamente, en un proceso que duraría aún más de dos décadas, un sistema sociopolítico que había pretendido autoproclamarse como "la primera gran experiencia socialista de la historia humana", a la vez que paradigma de la teoría marxista.

No era para menos; los partidos comunistas de todo el mundo, y el argentino no iba a la zaga, que durante el stalinismo actuaron de manera poco menos que explícita como "agentes de Moscú", comenzaron a sufrir en sus propias organizaciones procesos de ruptura cuyas dimensiones alcanzaron diversos grados de hondura.

Pero también la revolución cubana actuó de acicate como para que de las antiguas formaciones se desprendieran grupos que, también en nombre del "marxismo bien aplicado", proclamaran la vía armada como expediente idóneo para la ruptura del statu quo.

A estos emergentes externos se sumaba el hecho sin duda más relevante: la presencia del peronismo que con los años había demostrado una persistencia poco común en el fervor del proletariado y a contrapelo de todo lo que la vieja izquierda había dicho y pronosticado en torno a él, encerrada unánimemente en el análisis clasista del movimiento del '45.

De hecho este factor produjo, como determinante principal, la desintegración del Partido Socialista de cuyo seno partieron grupos de diversa índole, sostenedores de posiciones que plantearon la acción directa al lado de otros de cariz más templado.

Más lento fue en cambio, el proceso dentro del PC, por su carácter de maquinaria profesionalizada relativamente indemne a las influencias exteriores.

Convengamos pues en reiterar, tras esta breve síntesis, que el período que analizamos a propósito del deceso de José Aricó, se caracterizó, más allá de las variantes discursivas utilizadas, por la tendencia a ratificar las tesis marxistas del cambio histórico tal como éstas se constituyeron a lo largo del siglo XX, cuando se consolidaron predominantemente las posiciones del "leninismo". Están para ello las palabras de un asistente al homenaje que publicó el diario "Clarín", Alberto Díaz, cuando cita al propio Aricó en el editorial del primer número de "Pasado y Presente": "...la autonomía y la originalidad absoluta del marxismo se expresa también en la capacidad de comprender las exigencias a las que responden otras concepciones del mundo", (sub. nuestro).

Ninguno de los grupos políticos e ideológicos que actuaron en los años sesenta ponía en discusión este principio. Desde Hernández Arregui a José Aricó, pasando por Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos o las tendencias laicas del "Peronismo revolucionario", todos sin excepción, implícita o explícitamente, se movieron en el seno de una lógica de análisis en donde la prensa del socialismo y su protagonista histórico, la clase obrera, ratificaban una teoría que, más allá de las desviaciones que unos y otros interpretaban de diversa manera, se presentaba como "la filosofía de nuestro tiempo", al decir de Sartre.

Convengamos en reconocer que no había condiciones, dentro

de las corrientes que se postulaban como intérpretes de la doctrina del autor de "El Capital", para derivaciones críticas más radicales, capaces de cuestionar algunas premisas básicas de la teoría. Trotskistas, Stalinistas o peronistas, para designar a los polos más sobresalientes de la polémica, acordaban en que la experiencia soviética, degenerada o realizada, constituía un punto sin retorno en el camino de la humanidad al socialismo.

LA FLAQUEZAS DEL ESQUEMATISMO

Sin embargo nuestras discrepancias se hacen más profundas cuando leemos en la nota de referencia, que de lo que su autor, Guillermo Saavedra, habla, se refiere al pensamiento de la "Izquierda", sin reparar en distinciones más comprensivas.

Estamos a nuestro entender, frente a un caso de reduccionismo que elude dos cuestiones: en primer lugar, designa con el término "izquierda" a un conjunto en cuyos límites la identidad se deriva de una cuestión meramente nominal. La carátula de "izquierdista", término tan vago como equivoco, sirve para designar tanto a un liberal conservador más o menos "rebelle", como a un declarado "marxista-leninista".

Y en segundo lugar, excluye de este grupo y como derivación de lo anterior, al conjunto más vasto de políticos, historiadores e ideólogos, algunos de cuyos nombres se citan más arriba, que tuvieron activa y destacada actuación en este período que caracteriza a toda una época del pensamiento contestatario de la Argentina.

Es esta omisión la que destacamos pues de la misma resulta un esquema empobrecido que en muy poco contribuye al esclarecimiento de las cuestiones que hoy se actualizan en el contexto de la situación mundial y nacional más recientes, y que en aquellos años comenzaron a plantearse.

La circunstancia temporal que nos hace convivir con otro tipo de problemas, resulta una ventaja si es que nos interesa cabalmente contribuir a arrojar un poco de luz sobre algunos otros para los que en aquella época no existían fundamentos suficientes. Ya que si en los años sesenta se pensaba en "la crisis del marxismo", hoy ese término adquiere significados que van mucho más allá de sus fronteras.

LOS PROLEGOMENOS DE LA DISCUSION

No cabe duda que esta época, la que hemos caracterizado muy someramente, comenzó a desarrollar una discusión cuyas ulterioridades poco podían imaginar los que la protagonizaron.

El clima intelectual de los sesenta era de interrogantes y a la vez de sufrimiento. La historia, tanto nacional como mundial, parecía haber entrado en un recodo en el cual era imprescindible reflexionar sobre todo.

El ambiente asfixiante de la postguerra se disipaba, a la luz de nuevos acontecimientos revolucionarios que recorrían el tercer mundo, recién conceptualizado como espacio político original.²

A la crisis de los movimientos nacionalistas y populares de América Latina, seguía en forma paralela la crisis del pensamiento que los aspirantes a discípulos de Marx habían desparamado en torrentes de literatura específica. Se hacía

impostergable analizar las dos crisis: crisis del nacionalismo popular, frustrado en todo el continente en sus límites históricos y crisis del "marxismo", que no había sido capaz de heredar la masiva adhesión de que aquél había gozado.

En el contexto de la situación que comenzaba a definirse en la URSS, al unísono de los sangrientos levantamientos de los pueblos soguzgados de Europa del "este" y de las revoluciones del "Tercer Mundo", muchas de las cuales abrazaban las banderas de un socialismo adaptado a las condiciones nacionales,³ la discusión se tornó imperiosa.

En el vasto campo en que se desplegó la polémica, no faltaron ingredientes de la más variada gama.

Sin embargo pueden precisarse básicamente tres corrientes: la primera, respetando la cronología, integrada por quienes se definían como pensamiento de "Izquierda Nacional", la que, con sus matices se caracterizaba por una crítica radical de toda la izquierda "tradicional", "portuaria", "cipaya" o "antinacional", según los diversos autores. En ella se enrolaron los nombres de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Jorge Bnes Spilimbergo, entre los más caracterizados. Sus tesis fundamentales giraban en torno a la afirmación de que la vieja izquierda, socialista tanto como comunista, solo había aplicado abstractamente el recetario "marxista" a las condiciones de América Latina, por sus vínculos serviles con el "Stalinismo", la "Segunda Internacional" o el "reformismo".

Esto había impedido interpretar correctamente y en lo que hacía a nuestro país, a los dos grandes movimientos de la revolución nacional y popular del siglo XX, el Yrigoyenismo y el Peronismo, a consecuencia de lo cual socialistas y comunistas se habían alineado detrás de la reacción oligárquica. Los mismo se afirmaba si se analizaba la situación de Bolivia, Brasil o México.

El socialismo solo era posible, desde la perspectiva de la "Izquierda Nacional", siempre y cuando se concibieran como indisociables a la revolución nacional y al socialismo. Ya fuera que se citara a Marx a Lenin o a Trotsky, el fondo de la cuestión era el mismo: la izquierda tradicional había hecho mala aplicación del marxismo. Los matices de esta corriente no desmienten para nada lo que afirmamos en las líneas precedentes.⁴

Por último debe destacarse el hecho de que para los mentores de este sector resultaba fundamental la crítica de la historiografía argentina de cuño "Liberal" o "mitrista", crítica que se consideraba, junto al marxismo bien entendido, como el antecedente indispensable para la comprensión de los problemas de la revolución en nuestro medio.

Todos los autores de esta variante político-ideológica militaban en el ancho territorio del revisionismo histórico, aunque con variantes substantivas respecto de la distinción que hacían de los nacionalismos. Para la "izquierda nacional", solo existía un nacionalismo auténticamente revolucionario y él era el "nacionalismo popular" encarnado por Yrigoyen y Perón en el presente siglo. El otro nacionalismo era calificado como "oligárquico" en general.

Por el lado de la "izquierda" proveniente de la ruptura del Partido Comunista y la desintegración del Socialismo clásico, ocupa sin duda un lugar destacado la producción que encabezó el esfuerzo de Aricó. A través de la Editorial "Pasado y Presente", se dió entrada al mercado, a una literatura marxista del más variado tipo y en donde alternaron Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, Gramsci y otros clásicos, al lado de contribuciones más modernas provenientes de autores diversos, entre los que figuraban Althusser, Paul Baran, Della Volpe, Poulantzas, el "Che" Guevara y otros menos conocidos.

Campeaba en este espacio crítico una orientación discursiva destinada más al cuestionamiento conceptual que al

análisis político-histórico en el que se había desenvuelto la práctica de sus antecesores.

Y este fue uno de los más significativos déficits. En ese aspecto podrían haber sido ejemplares las contribuciones de Marx respecto de la situación de la Francia de Napoleón, (nos referimos al magistral ensayo "El 18 Brumario de Luis Bonaparte") o a sus ideas en relación con la Rusia de fines del siglo XIX, expuestas en escritos póstumos.⁵

En dichos documentos Marx desarrolla una dimensión en la que se revelaba el carácter fundante del acontecimiento histórico en relación con la teoría, aspecto que sería dejado de lado por el proceso de dogmatización del marxismo del siglo XX, caracterizado por las groseras simplificaciones de que fue objeto.

Incluimos en el conjunto que estamos caracterizando a las formaciones de la llamada "Juventud Peronista", también "izquierda", desde la perspectiva de quienes veían en ella la posibilidad de una "regeneración" o "actualización" del movimiento liderado por Perón.

La pertinencia de esta inclusión no se funda sólo en la referencia de sus propios protagonistas, muchas veces explícitas y otras implícitas, sino en la circunstancia de que todas sus fracciones, que disentan sólo en cuestiones metodológicas, coincidían en que la revolución nacional solo podría culminar exitosamente a través del socialismo, ya que en él se encarnaban tanto el proletariado como su líder histórico, el general Perón. La consigna de "Patria Socialista" era acuñada como fórmula que contemplaba las posibilidades de un socialismo "nacional", extraño a la tradición del marxismo y que solo en la Unión Soviética se había intentado justificar teóricamente por obra de Stalin.

En esto nos apoyábamos, en aquel entonces, quienes militábamos en la "Izquierda Nacional", para cuestionar al peronismo juvenil, al que acusábamos de interpretar erróneamente al marxismo, no solo por considerar a Perón líder de la revolución socialista, sino por afirmar la posibilidad de un socialismo "nacional", ajeno por completo a la mejor tradición del marxismo clásico y solo sostenido por quien como Stalin había tergiversado, no solo los fines de la Revolución de Octubre, sino también adulterado monstruosamente los contenidos de la doctrina.

INFLUENCIAS TEORICAS y DISIDENCIAS PRACTICAS

La dilucidación de algunos aspectos que tienen que ver con las premisas teóricas y las fuentes que los diferentes sectores manejaron durante el período que analizamos, nos permitirá, no sólo distinguir mejor a los protagonistas, sino y en especial, reconocer qué es lo que hubo de productivo en toda esta discusión que dividió aguas, en algunos casos de manera irreconciliable.

Digamos en general que para los sectores vinculados al proyecto de "Pasado y Presente", con afinidades más o menos precisas entre grupos militantes en diversas corrientes políticas, tuvieron especial relevancia los enfoques teóricos propiamente dichos, tanto como la revisión histórica de las confrontaciones que, especialmente desde fines del siglo XIX, protagonizó el marxismo europeo.⁶

La divulgación de títulos que abordaban temas como la concepción del "Partido revolucionario", los problemas del devenir histórico en las diversas fases del capitalismo, las discusiones que desde Marx y Engels se centraron en la cuestión rusa, el problema de la revolución colonial y semicolonial, la cuestión del Estado en la tradición marxista y las revisiones posteriores a los clásicos, o el papel de los intelectuales; al lado de las nuevas teorizaciones que inteantaban, desde distintas perspectivas, pensadores más recientes del nivel de Althusser, Sartre o Gramsci, para no citar sino a los más sobresalientes, configuraron el cuadro alrededor del cual se centró el interés de los numerosos lectores.⁷

Salvo Rodolfo Puigros, que incursionó también en el campo de la filosofía y en la crítica de ideas a través de importantes contribuciones,⁸ y J.J. Hernández Arregui, cuya obra consistió, básicamente, en ensayos críticos de carácter ideológico,⁹ los otros autores de la "Izquierda Nacional" se ocuparon preferentemente del ensayo historiográfico, en donde se destacan reediciones de textos argentinos (la reedición de obras de Manuel Ugarte) y latinoamericanos de interés. El resto de la tarea tiene que ver básicamente con la difusión de las obras de León Trotsky y textos marxistas referidos a la "cuestión nacional".¹⁰

En el caso de los militantes o simpatizantes de las "tendencias revolucionarias" del Peronismo juvenil, es casi nula la producción intelectual o, de escasa valía, cuando esta existió.

Debemos mencionar como excepción a Rodolfo Ortega Peña quien, junto a Eduardo Duhalde, realizaron contribuciones importantes en el campo de la historiografía nacional.

Como podemos verificar, después de esta reseña que, aunque breve, refleja la realidad de la etapa que comentamos, existió una comunidad de lealtades ideológicas entre las diversas corrientes teórico-políticas que se disputaron el patrimonio de la tradición revolucionaria de occidente, de la que el "marxismo" constituía su mejor legado. Sin embargo esto no obstó para que los distintos sectores marcharan por rumbos políticos, en algunos casos, completamente antagónicos.

La virulencia que en muchos casos alcanzó la discusión se explica por las condiciones particulares en la que ella se manifestó. Existía vivo aún el peronismo con su caudal popular intacto, sobreviviendo más allá de las predicciones que anunciaban su fin y resistente a la penetración de otro discurso como no fuera el de Perón.

En esta realidad hacía agua la obsesión predictiva de un marxismo que, aunque en algunos casos estaba respaldado por una profunda y muy seria argumentación histórica sobre todo nacional, (el caso de la Izquierda Nacional), no acertaba, ni acertaría al fin, con el diagnóstico que la doctrina teóricamente ponía a su alcance. La misma presuponía que, en el momento en que el peronismo llegara a sus límites históricos, la clase obrera a través de su partido irrumpería a fin de transformar la revolución nacional en revolución socialista. Exactamente lo que pensaban Lenin y Trotsky en 1917 respecto de la situación rusa, haciendo la salvedad que para éstos la transición entre la fase "democrático-burguesa" y la "socialista" era muchísimo más breve, tan solo algunos meses, que en el caso argentino.

Esto no desmiente, ni mucho menos, la pasión, la entereza, la convicción y la insobornabilidad que por aquellos tiempos distinguían a sus mentores principales.

Respecto de los otros dos sectores, la historia ha confirmado también su inviabilidad. En lo que hace al peronismo juvenil y a la ultrazquierda, partidarios ambos de la acción directa, poco queda por decir más allá de lo que los hechos han ratificado. Solo que es preciso separar a quienes murieron convencidos de su causa, de los que se pasaron con armas y bagajes al campo "repudiado del enemigo". El resto de la izquierda sufrió un proceso de dispersión de tal naturaleza que bien podría afirmarse que, tal como ella aparecía en los años sesenta, con su fuerte pregnancia teórica destinada a justificar la práctica al mejor estilo de la tradición clásica, ha dejado de existir. Sus herederos de hoy muy poco se interesan por las cuestiones teóricas y más bien se han confundido en el sistema de los partidos políticos de la democracia colonial.

La paradoja histórica, por lo menos para un observador que considerara cierta la afirmación de que, desaparecido el peronismo como la fuerza contestataria más importante del sistema político argentino, crecería proporcionalmente una corriente revolucionaria destinada a sucederlo, reside precisamente en que tal cosa no ha ocurrido. En el lugar del peronismo no hay nada y en el de la "izquierda", tampoco. Esto si nos atenemos al modelo eurocéntrico de la progresividad histórica. **10 bis**

En tales circunstancias es preciso orientar la reflexión hacia algunos aspectos que en general no se han tenido en cuenta en el trayecto de este controvertido tema.

LA NECESARIA DISCUSION

Un punto de partida que, según creemos, podría ser fructífero para enderezar el imprescindible debate en torno a los problemas que plantea el proceso de transformación en la Argentina y América Latina, está referido a la pertinencia de ciertos modelos teóricos que hasta hace poco parecían poco discutibles o indiscutibles. Intentaremos pues, una enumeración lo más sistemática posible de los mismos como respuesta a una demanda que, si no tiene todavía interlocutores apremiantes, tarde o temprano habrá de manifestarse como tal.

En primer lugar diremos que la teoría de la historia que los marxistas heredaron de Marx tiene que ver con dos versiones diferentes, "contradictorias", de la misma.

En una, Marx bosqueja algo así como una "filosofía de la historia", nos referimos al "Manifiesto", en donde la continuidad constituye el eje por el que se encadenan todas las sociedades de clase en su transcurso progresivo.

Ya Maurice Godelier había llamado la atención acerca de la diferencia entre el modelo de sucesión lógica usado por Marx para su obra "El Capital" y la pretensión de convertir al mismo en una mera narración de la historia real.¹¹

Sin embargo fue la versión del "Manifiesto..." la que se impuso a la postre como la posición "científica" en la que se apoyó el marxismo del siglo XX. Esto a nuestro entender tiene vinculación, en parte, con el reduccionismo positivista de Engels, fundador de la ortodoxia alemana del siglo XX a la que fueron fieles Kautsky y Plejanov entre los marxistas

rusos, entre otros. Para Lenin, en las vísperas de la toma del poder, no cabían dudas acerca del estallido revolucionario del capitalismo en Europa y en especial en Alemania. Basta recorrer la bibliografía histórica de la época para darse cuenta con qué tenacidad defendió esa idea frente a los que consideraban descabellado plantearse el asalto al poder en un país con un proletariado insignificante en relación a la masa campesina de la vieja Rusia.¹²

Lenin consideraba a la revolución rusa en una relación de subordinación con respecto a Europa. Por eso, poco o nada se interesaba por la situación de la Rusia real, o sea la Rusia feudal, multinacional, secularmente refractaria a occidente. Para su visión de eucepeo esta porción del mundo estaba condenada a desaparecer.

Este aspecto se patentiza de manera dramática en el desarrollo de la política de los bolcheviques respecto de las nacionalidades. Las dificultades que el gobierno central encontraba para el afianzamiento de la política de la naciente "Federación de Repúblicas", tenía que ver con el chovinismo Gran Ruso, que denunciaban permanentemente los representantes de los pueblos que el Zar había soguzgado y a los que los bolcheviques prometían total libertad de separación, más que con las asperezas de Stalin, como pensaban el propio Lenin y por supuesto Trotsky. Estos últimos, al dar por sentado el carácter explicativo de la teoría de las clases tal como la había elaborado el marxismo a partir de Engels, poco o nada se preocupaban por considerar los aspectos concernientes a otros tipos de identidad más allá que las que derivan de las relaciones de producción.

En relación con estos problemas los bolcheviques pensaban que las dificultades desaparecerían no bien comenzara a funcionar la nueva economía, ya que el desarrollo de las fuerzas productivas borraría las distancias históricas entre las distintas nacionalidades en relación al polo más avanzado que representaban los rusos, herederos a su vez de la modernidad. Esta ingenua visión de la historia, todavía asociada con el optimismo racionalista de los filósofos del siglo XVIII, no dejaba lugar para otras reflexiones provenientes de otras visiones del mundo.¹³

A la postre los bolcheviques continuaron con la política anexionista de la tradición zarista y ya en tiempos de Stalin el zarismo reapareció en todo su esplendor bajo la máscara del "Estado Obrero".

EL MARX DE LAS "FORMACIONES ECONOMICAS PRECAPITALISTAS"

En cambio, en las "Formas que preceden a la producción Capitalista", que integra los "Borradores..." escritos entre 1857 y 1858, (11) el modo de producción Capitalista aparecería más bien como "una discontinuidad radical, una mutación de la humanidad".¹⁴

Estas dos perspectivas del devenir histórico, formuladas ambas por el mismo Marx, no constituyen otra cosa que una contradicción inherente a la dialéctica misma del modelo y la realidad tal como él la piensa, dialéctica en donde el hecho histórico aparece, en última instancia, como fundante de la teoría y no al revés. Por lo menos esa es la tentativa que Marx

instaura en el pensamiento social de su época, imbuido hasta él por un determinismo fiscalista, del que la sociología positivista constituye su mejor ejemplo. Lo que puede considerarse como seguro es que Marx se resistía a caer en la perspectiva de la Filosofía de la Historia, como lo revelan sus numerosos afirmaciones en torno a que él no se proponía formular una teoría de los procesos de cambio, tal como Engels sostendría ante su muerte, al sentenciar que, "así como Darwin descubrió las leyes de la evolución biológica, Marx pasaría a la historia como el descubridor de las leyes de la evolución social. Esta incorrecta apreciación del pensamiento de Marx tuvo, como sabemos, consecuencias nefastas tanto para la "Teoría marxista" posterior como para la práctica política.

Si tomamos en consideración a todas las formas de sociedad que preceden en el tiempo al capitalismo, tal como nos lo refiere Marx en "las Formaciones...", verificaremos una constante que solo se rompe de manera radical con el advenimiento del modo de producción burgués propiamente dicho. En esas formas de sociedad el individuo se define siempre por su pertenencia a una comunidad mayor.

La idea del hombre aislado, "natural" solo aparece con el advenimiento del capitalismo a partir del siglo XVI.

Que Marx fue fiel toda su vida a estas ideas, lo demuestra el hecho de que en otras oportunidades volvió sobre las mismas cuestiones, a propósito de su reiterada negativa a ser interpretado como un filósofo de la historia. Basta leer el primer tomo de "El Capital", que no es precisamente un "borrador" sino que estuvo destinado a su publicación, cosa que no puede decirse de otros escritos, como es el caso de los "Grundrisse..." de 1857 o los ya citados "Póstumos".

Queremos remarcar la importancia en relación a la idea de la historia en Marx, en algunos de sus escritos póstumos. La importancia de estas fuentes cobra especial significación en momentos en que la simplificación de su pensamiento por quienes lo creen extinguido, es simétrica e inversa con la spoligética que efectuaron sus "herederos" de la Iglesia Soviética.

Entre esos textos destacaremos en primer lugar "Los apuntes Etnológicos", realizados a propósito de las lecturas antropológicas efectuadas por Marx entre los años 1880 y 1883, fecha en que acaece su muerte. Recopilados y comentados por Lawrence Krader,¹⁵ esos escritos revelan hasta donde Marx "ha señalado en sus extractos de Morgan aquellos puntos en que se separa de la teoría de una evolución monolineal" de base organicista a la que adhirió Engels y el marxismo posterior en general.¹⁶

Otro de los escritos importantes en este sentido lo constituyen los borradores de la carta que Marx envía a Vera Zassulich en 1861.¹⁷

La preocupación por el sentido de los cambios históricos y las condiciones en los que éstos se manifiestan, alcanza allí una dimensión digna de ser tenida en cuenta para una reelaboración del pensamiento del autor de "El Capital". Por otra parte, la circunstancia de que estos escritos no estuvieran destinados a ser publicados, los tornan mucho más interesantes como reveladores del pensamiento íntimo de Marx en las postrimerías de su vida y cuando ya el panorama del capitalismo europeo parecía entrar en una fase de estabilidad

cada vez más contrastante con las convulsiones que lo caracterizaron en las primeras décadas del siglo XIX. En la breve carta que da a conocer como respuesta a Vera Zassulich, si bien manifiesta la negativa a considerar su visión de la historia como "una teoría", como hemos dicho más arriba, al par que revela su convicción en torno a las posibilidades del "salto histórico", Marx no arriesga en el plano explicativo. Solo se limita a afirmar que la sucesión histórica que él describe en "El Capital", en especial en el capítulo destinado a la "acumulación originaria", no es necesariamente el camino que deberá recorrer la comuna rusa, pudiendo existir formas alternativas que no impliquen el paso por el capitalismo.

Sin embargo en un pasaje de los borradores de la carta, interpreta como factores determinantes del cambio histórico, entre otros, a la "astucia" y a la "casualidad".
18

Tomemos nota de los factores "astucia" y "casualidad", con los que el Marx de 1881, ya próximo a su muerte, lector apasionado de la literatura antropológica de su época, resuelve el problema de la determinación en el caso de algunas sociedades no capitalistas. Este hecho da cuenta de manera incontestable de las ambigüedades a las que se enfrentaba y a la vez de la plasticidad de su mente, capaz de soportar las contradicciones inherentes a su método. Seguramente no pueden encontrarse en este razonamiento nada que tenga que ver con la "inmanencia" de los procesos de cambio, si atendemos estrictamente a las exigencias del "método dialéctico". En este último caso la "astucia", actitud por la que se manifiesta un "sujeto de deseo", daría cuenta de una determinación que no está en la "infraestructura", aunque actúa como tal. Las alternativas de cambio, por otra parte, las ve Marx siempre relacionadas a las condiciones históricas. Refiriéndose por ej., a las alternativas del cambio social en el caso de la comuna rusa, dice, *todo depende del medio histórico en el que ella se encuentra.... Las dos soluciones son de por sí posibles*. 19

Sin embargo y, de acuerdo a otros textos de Marx, en especial su "18 Brumario de Luis Bonaparte", en donde se plantea por vez primera el problema de la especificidad de lo político, aspecto en el que el ingrediente subjetivo juega un papel determinante, este "todo depende", impone reflexionar en torno al papel de la "astucia" y la "pasión" (también señalado por Marx en este texto como factor de cambio) como fundantes de lo humano.

Ahora bien, de acuerdo al descubrimiento psicoanalítico, es posible dar cuenta de los factores subjetivos instaurados por el deseo humano, instancia que corresponde a una estructura fundada a partir del pasaje a la cultura impuesto al individuo por la ley que lo socializa. La circunstancia de que el deseo del sujeto no pueda producir sino en condiciones históricamente determinadas, no impide, ni mucho menos, que él juegue también como factor de determinación. Lo social siempre se singulariza a través de sujetos que actúan como seres que se tratan de jugar su deseo en la competencia afectiva que se manifiesta en toda relación grupal. De tal manera se expresa esa dualidad propia de la condición humana,

manifiesta a la vez en el ser social y en el individuo.

Muchísimo en la actitud de Lenin a partir de abril de 1917, actitud que contrasta radicalmente con todo lo sostenido teóricamente por bolcheviques y mencheviques a lo largo de sus interminables discusiones en torno a la naturaleza y posibilidades de la revolución rusa, tiene su explicación en estos factores proverbialmente ignorados por el "marxismo".

La experiencia contemporánea no ha puesto tanto en juego, como se cree, la idea de la historia en Marx, como las vicisitudes de una teoría sometida a la impotencia para explicar nada a partir del momento en que ella se transforma en plataforma doctrinal de un partido político.

Y en esto también se ha puesto en juego la problemática del poder político, expresión de la autonomía de una función sobre la cual la determinación económica explica poco o nada.

No pretendemos afirmar la sustancialidad del poder. De acuerdo con Foucault cuando dice de éste que "no es una sustancia", ni "un tipo particular de relaciones entre individuos", aunque de características "específicas", "... que no tiene que ver nada con el intercambio, la producción y la comunicación, aunque estén asociadas entre ellas",²⁰ nos permitimos sugerir a la vez, que el poder, en algún plano de su realidad, debe situarse en el ámbito de un tipo de infraestructura de la que no dan cuenta las ciencias históricas.

Y si hablamos del poder, no podemos soslayar algo tan íntimamente vinculado al mismo en la teoría marxista. Nos referimos al papel del proletariado como sujeto histórico privilegiado de la revolución socialista.

Sin duda esta cuestión, tan cara en la tradición de dicho pensamiento, pone en juego tres aspectos dignos de un análisis que excede sin duda los fines del presente trabajo, por lo que nos limitaremos tan solo a enunciarlos.

En primer término tal aseveración reafirma la conclusión hegeliana de que lo real histórico se encuentra sometido a una ley por la cual, en la culminación de su ciclo dialéctico, éste se reconcilia con la razón. O lo que es lo mismo, lo real se hace representable. En la teoría marxista este real, la sociedad, encuentra su razón en el proletariado, clase "universal" que actúa como mediadora entre la "prehistoria" y la "historia".

En asociación estrecha con lo anterior aparece la idea de "revolución" con el sentido que a ésta le dio el siglo XVIII, o sea, como acontecimiento que desde un punto del espacio y el tiempo, pone fin a todos los conflictos y realizando por su acto la misma condición humana.

En tercer lugar, y en los marcos en que se enuncia la teoría inscrita en "El Capital", este proceso resulta no solo "inevitable"; al mismo tiempo se dá por sentado una tendencia hacia el dualismo de la sociedad capitalista como consecuencia de la desaparición paulatina de las diferenciaciones entre los diversos sectores proletarios y medios. Esta simplificación de la sociedad sería la antesala de la revolución socialista a escala mundial.²¹

Sin duda la experiencia histórica nos ha mostrado hasta el presente que esta última cuestión resulta, poco menos que indudablemente, el punto más cuestionable del pensamiento de

Marx. Precisamente aquel aspecto respecto del cual el conjunto de la "izquierda" latinoamericana y mundial se ha mostrado menos flexible y en consecuencia más vulnerable.

Tal vez haya que argumentar como atenuante, que en el mismo Marx no se encuentre uno sino varios usos del término "clase", sin que podamos saber qué se proponía cuando, al final del tercer tomo de "El Capital", comenzó a escribir el inconcluso capítulo en donde trataba el tema que la muerte interrumpió.

Al respecto sería difícil demostrar, como lo propone Guidens, la existencia de una definición de esta categoría, clave en la tradición marxista, que haga posible abarcar todas sus manifestaciones.²²

Los usos y abusos que sobre este tema se han hecho en nuestra historia, autorizan a plantear que sobre esta cuestión poco o nada han aportado aquellos que se reconocieron como protagonistas del marxismo latinoamericano, en muchos casos más vinculados a la sociología empirista que al mismo Marx.

A la vez, la definición de "clase" en el marxismo supone la existencia de un proceso inherente al capitalismo por la cual la sociedad tiende a la dualidad antagónica entre el proletariado y la burguesía como sectores excluyentes de la sociedad burguesa.

La realidad de las sociedades del siglo XX ha desmentido este aserto, presentándonos un panorama en que la fragmentación sectorial constituye la condición normal del desenvolvimiento capitalista allí donde éste se ha manifestado de manera más avanzada. La realidad de los Estados Unidos es más que elocuente a la luz de acontecimientos que revelan profundas fracturas en su estructura social a consecuencia, precisamente, de su "evolución" histórica.

Ya los marxistas de principios de siglo se preocuparon por la aparición de sectores proletarios diferenciados que contrastaban con las afirmaciones teóricas acerca de la simplificación del proceso social, por obra de la paulatina desaparición de los sectores intermedios, propio del desarrollo capitalista. Todas las respuestas que se ensayaron al respecto concluían en definitiva en el sentido de que estas tendencias eran transitorias. La unidad de la "clase" de este modo, se tornaba una cuestión metafísica y la teoría se congelaba en las alturas del "Partido", entidad a la que los marxistas terminarían por considerar un organismo con voluntad propia. Recordemos si no al propio Trotsky en el fragor de la lucha contra Stalin durante el XIII Congreso: "Ninguno de nosotros quiere o puede tener razón contra su partido. En definitiva el Partido siempre tiene razón... ya que la historia no tiene otras vías para realizar su razón".

A pesar de que varios años más tarde, en 1940, el mismo Trotsky afirmaría que un partido político "no es una entidad homogénea, ni un factor histórico omnipotente", la fetichización del Partido como suerte de "espíritu objetivo" de la historia, reflejará la impotencia del marxismo canónico del siglo XX por captar la realidad más allá de los límites de la discursividad teórica.²³

Lo mismo puede decirse de las sociedades del Tercer Mundo en donde la multiplicidad de grupos e intereses torna estériles las simplificaciones del clasismo ortodoxo. Nuestra América latina constituye al respecto un notable ejemplo de

de la centralidad del sujeto de la conciencia. El desenvolvimiento capitalista, cuya idea central es la acción del hombre privado como agente de la transformación, da nacimiento a la esfera de lo social como espacio autónomo (el mercado) en el que éste se manifiesta en plena libertad. Los siglos XVII y en especial el siglo XVIII representan el momento de dominio de esta perspectiva. Una vez afianzado el capitalismo, estamos en el siglo XIX, la esfera de lo social, la "Sociedad civil" de la que hablaban filósofos y economistas, comienza a sufrir las contracciones propias de las luchas que en su seno se desenvuelven entre los intereses en pugna de la burguesía, la clase obrera y las clases medias. Comienza a abrirse un nuevo espacio para la reflexión teórica que divide aguas entre las posiciones que antagonizan en torno a la explicación de lo social: como esfera autónoma de la que depende el individuo, unos, o como espacio cuyo fundamento son los individuos, los otros. Es este el contexto en el que se desenvolverán las nuevas ideas socializantes entre las que el marxismo se convertirá en dominante.

El marxismo, nos referimos fundamentalmente al que se constituye después de la muerte de Marx y que se afianza como una "doctrina" en el siglo XX, heredará la tradición racionalista-positivista del cambio social, con todas sus implicancias: a) el marxismo es erigido como un discurso y un sistema de categorías, estructurado en base al método científico, a través del cual lo "real" habla sin mediaciones. b) afirmación de una ley universal del cambio histórico, no saltable y necesaria. El paradigma evolutivo. c) la sociedad es concebida como una "estructura inteligible que puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político".²⁵

El fenómeno de fragmentación de lo social en el seno mismo de la sociedad capitalista, por la aparición de intereses contrapuestos entre los diversos sectores de la clase obrera (obreros calificados, sindicalizados, obreros no calificados, no sindicalizados) enfrenta a los marxistas con esta nueva "lógica de lo contingente".

Esta realidad aparecía en clara contradicción con la teoría. El dilema se expresaba contundente: o la clase obrera constituye un real histórico o su existencia es simbólica. "En la sociedad capitalista la clase obrera esta necesariamente fragmentada y la recomposición de su unidad solo se da en el proceso mismo de la revolución" (Rosa Luxemburgo). La dispersión de las luchas como efecto de esta fragmentación y cuya manifestación es el "espontaneismo" como significativo resulta, en última instancia, desbordado por el significado resuelto anticipatoriamente por la teoría. De allí "la unidad de la clase obrera es, por tanto, una unidad simbólica".²⁶

Sin embargo esto constituye una fisura respecto de la ortodoxia que percibía la unidad de la clase como efecto mecánico de la infraestructura.

El surgimiento del concepto de "hegemonía"

Se planteará en consecuencia un dilema: a) o bien la necesidad es inherente al capitalismo y por lo tanto la crisis y el enfrentamiento de clases resultará inevitable. b) o bien, "las leyes necesarias no operan en la dirección esperada, en cuyo caso siguiendo la misma lógica de lo contingente, la fragmentación entre los distintos sujetos deja de ser un 'producto artificial' del Estado capitalista y adquiere caracteres permanentes". 27

La categoría de "hegemonía" brota pues en estas condiciones de fragmentación que ponen en crisis el concepto mismo de "necesidad".

El concepto de "hegemonía" surgirá a principios de siglo, no solo como efecto de las circunstancias que se expresan dentro del régimen capitalista de producción, sino también en su periferia "precapitalista", en donde el proletariado, débil en número, se ve obligado a realizar "alianzas revolucionarias" o "frentes" con otras clases estratégicamente enemigas, debiendo esforzarse allí para imponer la "hegemonía" de la clase "más avanzada" y asegurando de esta manera el control de la transformación del orden social en la dirección del socialismo. Al concebir la revolución anticapitalista como un fenómeno mundial, el "leninismo" (artífice de esta táctica) pensaba sortear el escollo de la contingencia, seguro de que el "proceso objetivo" de la historia llevaría por sí solo al antagonismo esencial: burguesía vs. proletariado. El centro espacial de este antagonismo estaba circunscrito a las naciones capitalistas más desarrolladas, las que arrastrarían al resto del planeta hacia la abolición de la sociedad de clases.

El resultado de esta realidad de fragmentación es la puesta en crisis de la relación unívoca entre teoría y práctica. El marxismo canónico se resiste a la elaboración intelectual de las dislocaciones observadas, insistiendo en el carácter transitorio de dichas tendencias.

La crisis se revelará como: a) "la nueva conciencia de la opacidad de lo social, de las complejidades y resistencias de un capitalismo crecientemente organizado; y la fragmentación de las distintas posiciones de los agentes sociales respecto a la unidad que, de acuerdo al paradigma clásico, hubiera tenido que existir entre las mismas.... El problema del marxismo a partir de entonces habrá de ser el de cómo pensar esas discontinuidades y, a la vez, el de las formas de reconstrucción de la unidad de los elementos heterogéneos y dispersos". 28

La respuesta de la ortodoxia será la de afirmar la prevalencia, en última instancia, del movimiento de la infraestructura que permite comprender el carácter pasajero de las tendencias presentes y la futura reconstrucción de la clase obrera, "garantizadas por la ciencia marxista". El marxismo canónico queda encerrado así en la explicación economicista. Los nombres rectores de la ortodoxia serán Kautski y Plejanov.

El resultado será afirmar, ya sea implícita como explícitamente que la conclusión que la acción sindical, tal como se explicitaba en las tendencias analizadas por Marx en 1847 ("Miseria de la filosofía") no llevan ni a la unidad de la clase ni a la conciencia política.

La conclusión lleva a depositar en el partido la garantía

del cumplimiento de los fines históricos de la clase, lo que termina por sobredimensionar su función, cosa que no había sido contemplada por Marx: La idea del "partido político revolucionario" constituido por "profesionales" marginados de la sociedad y que Lenin llevará a su concreción en el "Qué hacer?", en 1902.

El Partido aparecerá así como mediador intelectual que articula el "economicismo" inherente a la clase obrera y el proceso objetivo de la sociedad a través de su función como representante del saber. Este sustitutismo reafirma de manera categórica el modelo racionalista de la pedagogía del siglo XVIII al ratificar la asimetría existente entre el que posee el conocimiento y por lo tanto "sabe" que él es, del que no lo posee, ser que no sabe.

La expresión máxima de la categoría de "necesidad" se manifiesta en la Socialdemocracia alemana (Berstein), como un proceso "natural" intentando asimilar darwinismo y marxismo. El evidente hiato entre conciencia actual y misión histórica de la clase obrera, es llenado cada vez de manera más excluyente por el nivel político (el Partido) que, como está fundado en una teoría necesaria y mecanicista de la historia, impone cada vez más su visión determinista-economicista "en la medida en que la constitución de las fuerzas históricas depende cada vez más de la mediación teórica".²⁹

En el caso de Rusia el problema adquiriría contenidos particulares. Los marxistas en ese país, bajo la tutela de Plejanov (autor entre otras obras de: "El papel del individuo en la historia", "la concepción monista de la Historia", "Problemas fundamentales del marxismo") veían a su país como un apéndice de Europa y por consiguiente a su revolución como dependiente de la revolución europea, en base a la concepción economicista en que se sustentaban. En Plejanov se expresará de manera radical el economicismo como frontera inevitable de la ortodoxia. Esto por que la única "realidad tangible" del capitalismo se reduce a la relación objetiva que mantienen la estructura y la superestructura. De las contradicciones de la estructura o "base económica", immanentes al sistema y por lo tanto, fuera de la conciencia del hombre, surgirá la necesidad de los cambios revolucionarios.³⁰

Esta posición contradecía lo afirmado por Marx tres décadas antes respecto a las posibilidades de la revolución socialista en Rusia sin el paso por el capitalismo, pero que había sido omitido por Engels y por lo tanto desconocido por el resto de los teóricos marxistas.³¹

"El dualismo necesidad-contingencia, dicen Laclau-Mouffe, abre así paso a un pluralismo de legalidades estructurales cuyas lógicas internas y relaciones mutuas es preciso determinar".³²

En el seno de esta realidad se abrirá en el marxismo una polémica que se despliega desde antes de la revolución rusa y que, a partir de ésta, comienza a resquebrajar al "Movimiento Comunista de la tercera internacional", fundado por Lenin en 1919 y al marxismo en su conjunto, a pesar de los esfuerzos de la ortodoxia del marxismo positivista dominante entre prácticamente todos los participantes de las diversas tendencias (leninistas, trotskystas o stalinistas) por mantener su dominio a nivel mundial.

LOS PROBLEMAS DEL DUALISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Entre lo determinado (la necesidad) y lo indeterminado (la coyuntura) existe tan solo el espacio que el segundo deberá cubrir para ser absorbido por el primero. Lo indeterminado queda relegado de esta manera, al campo de la variación contingente.

Precisamente lo que el concepto de hegemonía persigue es suturar esta dualidad. Esta pertenece de lleno al campo de la contingencia histórica.³³

En Rusia es precisamente en donde el concepto se desarrolla con mayor vigor ya que la contingencia histórica a la que se enfrentarían los marxistas era la de un país en donde la burguesía era débil y por lo tanto se hacía necesario el frente de clases a fin de llevar a cabo las tareas que la clase específica era impotente para realizar. En el seno de ese frente la clase obrera rusa debía luchar por la hegemonía a fin de llevar adelante la realización de tareas que si bien no le eran específicas, constituían la antesala necesaria de la construcción socialista. Si dejar de lado que el marco de dicha transformación estaría constituido por la revolución socialista mundial.

¿Qué implica pues la hegemonía?

- 1-La relación entre la tarea hegemonizada y la clase que es su agente natural.
- 2-relación entre la tarea hegemonizada y la clase que la hegemoniza.

Las tácticas disímiles de mencheviques, bolcheviques y Trotsky: para los primeros, era necesario el establecimiento de una república burguesa; para los segundos (Lenin) un gobierno obrero-campesino que realizara las tareas democrático-burguesas en dirección a la hegemonía proletaria y, para Trotsky, la posibilidad de un gobierno obrero que efectuara la transición directa al socialismo. (Trotsky intentaba demostrar que el tardío advenimiento de la burguesía en los países atrasados hacía a esta incapaz de llevar a cabo las propias tareas del capitalismo, dada su dependencia del imperialismo. Esta situación hacía de la joven clase obrera, por la ausencia de tradiciones que la ligaran a una sociedad civil compleja, la mediadora específica capaz de llevar a cabo las tareas burguesas e inaugurar al mismo tiempo el camino hacia la construcción socialista)

Pero en general, tanto los "mencheviques" como los "bolcheviques" y Trotsky, participaban de una misma concepción teórico-política. Su discensión era tan solo táctica. Sus recriminaciones mutuas se reducían a acusarse entre sí como "infieles" al marxismo. Lo que se enfrentaba, lo que entraba en contradicción era, por un lado, "un orden de las esencias y un orden de las circunstancias".³⁴

La posición de la ortodoxia rusa (que comparten las tres posiciones mencionadas) hacía imposible el abordaje del análisis conceptual de la especificidad coyuntural ya que la teoría solo admitía el cierre de lo social en el punto en el que la historia se consumaba. De esta manera la táctica hegemónica era, para los marxistas, un movimiento diversionista

destinado a esperar el momento en el que la clase obrera asumiera el liderazgo del frente, subordinando al resto. Esta perspectiva, que otorgaba el privilegio ontológico de la clase al "Partido de Vanguardia", contenía de suyo un componente autoritario. El partido es así dueño del saber ya que la clase a la que representa "en su calidad de clase universal, es en realidad la depositaria de la ciencia. Solo el partido sabe el misterio de la historia, que las demás clases del frente ignoran, incluida la clase obrera, claro está.

Al fin de cuentas el campo de las relaciones hegenónicas queda reducido a una mera tarea pragmática, a la espera del momento desencadenante de la revolución, momento en el que la clase obrera será la dueña absoluta de la situación de poder, o "lo que es lo mismo", *su* Partido.

La toma del poder por los "bolcheviques" y la realidad histórica que sobrevino destruyó todas estas elucubraciones. El sustitutismo profundizó el autoritarismo en condiciones impensadas para los teóricos del marxismo canónico que veían en la revolución un profundo proceso de democratización de las estructuras del viejo orden social. El "partido" en tanto representante de la clase dió paso al Estado como representante del partido y finalmente al dictador como representante del Estado. El Stalinismo se mostraría de esta manera como la lógica consecuencia del "leninismo", máxima e indiscutida representación de la ortodoxia.

RELATIVISMO, UNICIDAD Y DIFERENCIA EN MARX

En el contexto problemático que hemos delimitado sucintamente y a la luz de una crisis de características inéditas, como la que atraviesa la humanidad en estos momentos, caben algunas preguntas cuyo propósito consiste en contribuir a una discusión tan trascendente como ineludible.

¿Hay en Marx lugar para pensar en la regresión, en la circularidad o en la multiplicidad de la historia?

Al mismo tiempo: ¿es posible imaginar el cambio social y el socialismo fuera de la clase social como sujeto único?

¿Es posible integrar en una diversidad discursiva, al marxismo como parte de un pensamiento policéntrico?

¿La superación de la "alienación" en Marx, a qué se refiere; a qué tipo de superación se refiere?

¿Puede pensarse el socialismo fuera de los condicionamientos a los que lo somete la teoría, es decir, como culminación del capitalismo, o sea, como el resultado de la fase más avanzada del desarrollo de las fuerzas productivas.?

¿Como se articula la especificidad de lo político con una teoría que se adecue a la misma?

¿Cual es el papel del individuo en la historia y en la dinámica de las transformaciones?

¿Cómo se articula la cuestión del poder en la trama de las múltiples determinaciones de la historia?

Como bien puede observarse, la serie de preguntas que hemos seleccionado abarca la casi totalidad del campo teórico problemático de las ciencias sociales. Su enunciado tiene el

propósito de señalar las dificultades que presenta una revisión profunda del patrimonio de ideas con el que contamos a la hora en que se despliega la crisis más profunda del pensamiento revolucionario más trascendente que ha producido el occidente burgués: el marxismo.

No hay duda de que Marx intentó romper con la idea de unicidad de la historia tal como la habían formulado la Filosofía, la Economía Política y la Sociología burguesas. Esta perspectiva, que se encuentra delimitada de manera metódica en algunos de sus escritos más importantes de 1857-58, transforma su visión del devenir en una suerte de "evolucionismo relativo". Al afirmar la historicidad como el marco en la que se desenvuelve la actividad productiva del hombre, siempre sometida a las formas particulares que ella asume, Marx se abre a una concepción del cambio histórico que admite múltiples variantes.³⁵

Para pensar en la posibilidad de la regresión histórica en el marco de este pensamiento, es necesario precisar en primer término en qué dimensión de la temporalidad nos ubicamos y luego discutir si el caso soviético constituye un caso típico.

Coincidimos con los autores que consideran a la concepción histórica de Marx como un modelo de sucesión lógica que parte del análisis particular de lo concreto, como es el caso del capitalismo. En ese contexto las leyes que describen su movimiento pertenecen a un tiempo lógico-estructural sin que nadie pueda "fijar fechas".

El caso soviético pertenece a otro orden de análisis en el que está comprometida la discusión en torno a la viabilidad del socialismo tal como fue pensado en occidente, y en una sociedad que en su cultura, en sus formas sociales y en su discursividad política era refractaria a dicho tipo de transformación.³⁶

Pero además el carácter fuertemente concentracionario que adquirió allí el poder del Estado, reintroduciendo complementariamente formas propias de la vieja tradición zarista, hace pensar más bien en la impropiedad del economicismo como expediente explicativo de una realidad cuya vastedad escapa a las simplificaciones que los marxistas rusos hicieron de su propia realidad, condenada a desaparecer paralelamente al proceso de industrialización, según pensaban desde fines del siglo XIX.

El "socialismo" ruso, no solo no resolvió los problemas de la economía, tampoco pudo borrar las trazas étnicas de pueblos que, no bien vieron la posibilidad histórica, resurgieron intactos reivindicando tradiciones culturalmente seculares.

El aspecto más débil del marxismo es sin embargo, aquel que aparecía como su más contundente arma: la "lucha de clases como motor de la historia". Esta cuestión que así como está formulada remite a una metafísica de neto corte idealista, al suponer un sujeto privilegiado del cambio histórico, el proletariado, en la inevitable marcha al socialismo de la humanidad, contrasta con las visiones alternativas de la transformación social que se encuentran también en textos de Marx.

Si el tema se convirtió en el eslabón de batalla de sus

herederos fue, a nuestro entender, porque se concibió al modo capitalista de producción como el polo dominante de la marcha de la historia mundial y a su contradicción de clases como la contradicción per se. Este "internacionalismo" abstracto está por supuesto en la base del marxismo y constituye una de sus formas de lectura.

Su traslado mecánico al mundo no capitalista produjo, no solo los estragos políticos de que somos testigos a lo largo del siglo XX, sino que fue causa principal del enredo teórico y la confusión derivada que se ha desarrollado en este período.

Resulta indudable la insuficiencia del marxismo, como de cualquier otra teoría, para erigirse como fundamento de la explicación de lo social humano. Este aspecto constituye, a nuestro entender, la carga negativa de un racionalismo totalitario que en los comienzos de la modernidad burguesa se postuló como una nueva metafísica del saber.

Trascendentales cuestionamientos que tuvieron como objeto indagar ámbitos específicos de la condición humana, tales por ej., la teoría del "sujeto" implícita en el Psicoanálisis, las revolucionarias aportaciones de la lingüística que abrieron el paso a fecundas investigaciones en torno a las invariancias estructurantes de la vida social en el plano de la función simbólica, las aportaciones de la crítica foucaultiana para la historia de los modos de pensar considerados en su especificidad como fenómeno de la cultura, no reducible a las otras esferas, etc., han dado lugar a la más profunda revolución del pensamiento desde el siglo XVIII a la fecha.

Las nuevas perspectivas teóricas que a este respecto se inscriben en el entrecruzamiento de diferentes discursividades, suponen un objeto problemático por su ambigüedad, solo aprehensible de modo provisorio a través de un *pensamiento policéntrico* y en donde la filosofía juega en sus intersticios el papel de ordenadora del conjunto de los saberes.

En este marco el problema de la "alienación" que también ocupó un lugar destacado en la perspectiva marxista, pierde su significación, a menos que se lo piense, paradójicamente, como la reiteración en el plano racional de un universo mítico que desde la perspectiva antropológica es constituyente de la función simbólica. Es aquí donde tiene lugar la Utopía en su dimensión de porvenir cierto y a la vez inalcanzable.

Pero si al concepto se lo concibe tan solo en el plano lógico-histórico, es decir como el proceso por el cual "el hombre es separado de su producto", forma la más aceptable de Marx según nuestro punto de vista, si es posible pensar en una sociedad en donde la explotación del hombre por el hombre sea superada, sin mengua de las consecuencias alienantes que el pasaje de la naturaleza a la cultura comporta para el individuo.

En los marcos de un *pensamiento policéntrico* es posible concebir al socialismo sin los supuestos del capitalismo como forma previa. Suponer un desarrollo capitalista en la periferia de las sociedades hegemónicas, con los presupuestos y las consecuencias estructurales que ello importa, es impensable. El imperialismo constituye, como lo ha demostrado la historia, la forma inevitable de un sistema fundado en la explotación de los oprimidos, sean estos trabajadores, pueblos o

naciones.

Claro que esta posibilidad debe ser concebida fuera de los cerrados marcos del dogmatismo y abrirse hacia campos diferentes.

Al final de un largo comentario originado en un acontecimiento singular, hemos realizado el esfuerzo por contribuir modestamente, al planteo de algunas cuestiones que consideramos de imperioso tratamiento. Formamos parte de una humanidad que a lo largo del siglo que le tocó vivir ha experimentado las más violentas sacudidas, tanto en la dimensión del cuerpo como en el de la mente. Nos negamos a creer que el "socialismo ha muerto", no por el mantenimiento a rajatabla de una fidelidad ideológica que, al fin de cuentas posee un valor completamente relativo, sino por lo que su contenido sustancial evoca.

Contenido, lo admitimos, que no está en el orden de lo real, y que paradójicamente por ello posee más fuerza, sino en la dimensión de un utopía tan inherente a la condición humana como necesaria. Idéntica en su estructura tanto cuando se expresa como el advenimiento a la tierra "sin mal" de nuestros guaraníes, o como el "comunismo" que salda con la muerte la milenaria deuda de horrores de la historia de occidente.

Abrir el diálogo hacia la esfera de lo conocido y lo desconocido de nuestro porvenir, al cabo de este inmenso recodo del acontecer contemporáneo en el que los latinoamericanos hemos sido más espectadores que protagonistas, implica un apertura crítica y una voluntad que por la envergadura de los problemas a los que se enfrenta, deberá constituir un acontecimiento singular.

Noviembre de 1981

Notas

1-Diario "Clarín" del jueves 28 de setiembre de 1981 (suplemento Cultura y Nación; pag. 2)

2-Recordemos que el movimiento de "países no alineados", nació al principio de la década del sesenta como iniciativa de una conjunción de naciones que deseaban permanecer equidistantes respecto de las dos "superpotencias", la URSS y los EEUU, que en esos tiempos dirimían las instancias de la "guerra fría", rotos ya los acuerdos de Yalta. El antecedente más remoto fue la "Conferencia afroasiática de Bandung en 1955. Más tarde en 1961, en su primera reunión formal, nació el "Movimiento" en Belgrado (Yugoeslavia)

3-A este respecto puede citarse a J. J. Hernández Arregui quien en su libro "La formación de la conciencia nacional", expresa de manera inequívoca el fundamento marxista de su peronismo de izquierda. "Entre las fuerzas de la línea nacional-dice Arregui-en el libro citado, ed. Plus Ultra, tercera edición, Buenos Aires, 1973, pag. 445-debe citarse en primer término al peronismo, cuya base es un proletariado industrial y rural con conciencia nacional enraizada al origen nativo.... (subrayado nuestro), para agregar más adelante: "...el programa nacional del movimiento debe abondar más en el carácter antiimperialista de su acción revolucionaria y entroncarla con el problema conjunto de Latinoamérica" (subrayado nuestro). De la negativa a producir estos cambios de parte de la dirigencia peronista, infería Arregui, la "amenaza de su desintegración".

4-Las referencias en este sentido son numerosas. Recordemos las más sobresalientes. Roberto Gravois aparecía a mediados de los sesenta en un film de Pino Solanas, "La hora de los hornos", justificando su integración al peronismo en su condición de "marxista leninista". Lo mismo podría decirse de Rodolfo Ortega Peña, destacado historiador de la corriente. Firmerich afirmaría más tarde su adhesión a la concepción leninista del partido revolucionario, más allá del origen confesional de él mismo y de sus más cercanos amigos. El clima general del peronismo de "la tendencia" tenía que ver con este marxismo *aggiornato* a las condiciones que le imponía su filiación recientemente adquirida, fruto del ambiente que se respiraba en el campo de la izquierda en general y del optimismo revolucionario que ratificaba la presencia de la revolución cubana. Finalmente en esta brevísima reseña mencionaremos a Juan Pablo Franco y Fernando Alvarez, autores de un ensayo, "Peronismo, antecedentes y Gobierno", publicado en los "Cuadernos de Antropología Tercer Mundo", N.º 1 de junio de 1972, en donde se afirmaba que Perón había encabezado la Revolución Nacional hasta 1955, restando para la presente etapa el cumplimiento de los fines socialistas en los que el papel protagónico estaría reservado a la clase obrera. (al respecto puede consultarse el libro: "El peronismo polémico", editado por Macchi en 1976, sustraído a la circulación y reeditado en 1984 por el Centro Editor Argentino.)

5-Consultar al respecto: Godelier, Maurice; "El modo de Producción asiático", RUDECOR, Córdoba 1966. En dicho texto pueden leerse la carta de Marx a Vera Zasulich, del 8 de marzo de 1861

y los esbozos preliminares a esa carta, que junto a otros escritos, como las "Formas que preceden al modo capitalista de Producción", también incluidas en el volumen, sirven para apreciar al mismo tiempo las contradicciones del pensamiento de Marx, así como o su plasticidad en relación con problemas teóricos fundamentales.

6-No desconocemos por cierto, el abundante material bibliográfico publicado, entre otras, por la editorial siglo XXI.

7-Si incluimos a Antonio Gramsci entre "los autores más recientes", es porque fue por esos tiempos que su obra alcanzó difusión entre los lectores de Argentina y América Latina.

8-Debemos recordar "Los enciclopedistas" de Editorial Hemisferio, Buenos Aires, 1945; una historia del papado, "Juan XXIII" ed. Jorge Alvarez, 1968, "Los orígenes de la filosofía", "Historia económica del Río de la Plata", "La época de Mariano Moreno", en donde por vez primera se plantea la incuestionable autoría del secretario de la primera junta en relación a la legitimidad del "Plan revolucionario de Operaciones", "De la colonia a la Revolución", entre los títulos más destacados.

9-Sus dos más importantes producciones son: "La formación de la conciencia nacional", editado en 1960 y reeditado por Plus Ultra en 1973, e "Imperialismo y Cultura", escrito en 1957 y también editado por Plus Ultra en 1964 y 1973 con prólogo de Rodolfo Ortega Peña.

10-Véase al respecto "El marxismo y la cuestión Nacional" y "Juan B. Justo y el socialismo cipayo", de Jorge Enea Spilimbergo, editados por Coyoacán y la obra histórica de Jorge Abelardo Ramos, "Revolución y contrarrevolución en la Argentina" (con varias reediciones y modificaciones); "Historia de la nación latinoamericana", Peña Lillo, 1988; "Historia del Stalinismo en la Argentina", Rancagua, 1974, junto a una colección de ensayos reunidos por la Editorial Planeta en un volumen titulado "El marxismo de Indias", entre lo más destacado.

10 bis -Solo ha quedado el aparato sindical el que, lejos de representar los intereses de la "clase obrera", defiende sus puestos de poder y con ello se permite el manejo de ingentes fondos. El sector de los jerarcas sindicales es el único poder vitalicio que queda en la Argentina, por la estructuración de un sistema de elecciones internas a través del cual los mismos nombres se perpetúan en la jefatura de los gremios, solo reemplazables en caso de muerte.

11-Godelier, Maurice; (cit. pag. XI-LVI)

12-Carr, E.H.; "Historia de la Rusia Soviética" (La revolución Bolchevique (1917-1923) 1 (primera parte pp. 15-118)

13-Al respecto resulta interesante como documento, el texto de Stuart Sahram y Hélène D'Encause; "El marxismo y el Asia", Siglo XXI, Buenos Aires, 1974. En el mismo se hace un repaso de la perspectiva de los marxistas frente al mundo no europeo antes

de la revolución rusa y las vicisitudes de la revolución en "Oriente", tal como ésta se desarrolló a partir de la existencia de la Tercera Internacional fundada por Lenin, después de la toma del poder por los bolcheviques.

14-Marx, Carlos; "Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política", (borrador) 1858-1858 1; S. XXI, Buenos Aires, 1971. (pp. 443 y sig. También puede verse: Lefort, Claude; "Marx: d'une vision de l'histoire a l'autre"; En: "Les formes de l'Histoire" (essais d'anthropologie politique) Galinard, Paris 1978 (pp. 185-233)

15-Krader, Lawrence; "Los apuntes etnológicos de Marx", ed. S. XXI Madrid, 1968

16-Krader, L. (ibidem, pag. 25) puede también consultarse la extensa introducción del autor, págs. 1-70.

17-Godelier, M. (cit., págs. 130-140)

18-op. cit. pag. 134

19-Al respecto puede consultarse el tomo I de la monumental obra de E.H. Carr, "Historia de la Rusia Soviética", Alianza, Madrid, 1973, para advertir hasta donde "la astucia" y "la pasión" de Lenin se abrieron paso entre la niebla de la "gris teoría", enfrentando con resolución un problema, el del poder, que nada tenía que ver ni con la situación socioeconómica, ni con la relación de fuerzas entre bolcheviques y régimen, ni con el prediosamiento que él y sus partidarios tenían en el pueblo ruso, para quien eran prácticamente desconocidos. La toma del poder, como se sabe, fue un acto sin estridencias producido, no como resultado de la acción revolucionaria, sino como efecto del vacío de poder que se instala entre los restos del viejo imperio zarista a partir de la revolución de febrero; situación esta que sólo Lenin advierte contra todo el partido.

20-Foucault, Michel; "Tecnologías del yo", ed. Paidós\I.C.E., UAB, Barcelona, 1990. (pag. 137 y sig.)

21-Al respecto puede leerse el interesante texto de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: "Hegemonía y estrategia socialista", ed. S. XXI, Madrid, 1988. En este trabajo se hace un análisis del concepto de "Hegemonía" tal como fue aplicado en la táctica del leninismo y en el contexto de una visión teórica auto-suficiente como era la que sostenían los herederos de la ortodoxia engelstiana desde principios del siglo.

22-Guidens, Antoni; "The class structure of de advanced societies", London, Hutchinson, 1973

23-Lefort, Claude; "Qué es la burocracia". Ruedo Ibérico, Madrid, 1970. (I-La contradicción de Trotsky)

24-Marx, Carlos; "Miseria de la filosofía"; Aguilar, Madrid, 1969 (II-La metafísica de la Economía Política)

25-Laclau, E., Mouffe, Ch. (op. cit)

28-ibidem

27-ibidem

28-ibidem

29-ibidem

30-Aquí la ortodoxia siguió literalmente el texto célebre de Marx del prefacio a la "Contribución a la crítica de la Economía Política" de 1859, en donde el autor de "El Capital" delinea una visión objetivista del proceso histórico de la transformación social.

31-ver carta de Marx a Vera Zassulich (6-3-1881). En "El modo de producción asiático", (citado) págs. 130 y sig.

32-Laclau y Mouffe (cit)

33-ibidem

34-ibidem

35-Marx, Carlos; "Introducción a la crítica de la Economía Política" y "Formas que preceden al modo de producción capitalista". (para citar los ejemplos más importantes) Ambos trabajos se encuentran en los "Elementos para la crítica de la Economía Política." (ya citado)

36-Remitimos al respecto, entre las muchas que existen, a la ya citada obra de Carr, a Isaac Deutscher y sus magníficos estudios de Stalin y Trotsky, de la editorial ERA de Madrid y a la obra de Bertram Wolfe, "Tres que hicieron una revolución", José Janés Editor, Barcelona 1956.